

Recuerdos personales de DARÍO MESA

Fernando Cubides C.

Agosto de 2017

No pretendo hilvanar estos recuerdos en un orden cronológico estricto, aun cuando sí advierto una secuencia en la medida en que de haber sido uno de sus alumnos en uno de los grupos que habían ingresado a la carrera de Sociología llegué a ser colega suyo y haber seguido de cerca su obra y el curso de sus opiniones a medida que las emitía, en charlas de corrillo, o en su pequeña oficina, la 212 del edificio de Sociología. Esas lecciones, consejos, y libres opiniones sobre la coyuntura que iba dando a un grupo de iniciados, resultaron ser tan importantes para explicar la huella que dejó, como sus clases, conferencias y exposiciones públicas, así como los textos que publicó. Pues gustaba en especial prodigar esas lecciones, en charlas privadas, de corrillo o conventículo, en que su ingenio, las fórmulas incisivas que escogía para expresarlas, parecía hallarse del todo a gusto.

Me impulsa además a estas evocaciones, comprobar que para no hicieran parte de ese círculo, o quienes no hubieran seguido con cierto detalle su trayectoria como profesor, y se hubieran percatado de que antes había ejercido el periodismo cultural y político, parecía misterioso el influjo que ejercía, y no dejaban de anotar, con extrañeza, que invariablemente, cuando varias personas que habían sido alumnas suyas se reunían, cualquiera que hubiera sido el motivo que las congregara, terminaran hablando de él. Un influjo que provenía de su personalidad, tanto como del contenido de su enseñanza. A mí mismo ese influjo me intrigó, y es en parte lo que pretendo dilucidar al escribir estas notas. Alguien siempre seguro de sus opiniones, pero muy capaz y a la vez con la flexibilidad suficiente para mostrarse dispuesto a aceptar ideas ajenas, así fuere “*en gracia a discusión*”, muletilla muy suya por cierto. Sostengo entonces que la influencia adquirió está dada tanto por la validez intrínseca de su obra escrita, como por la fuerza de su personalidad y la generosa disposición pedagógica de su actividad como docente, expositor, colega y consejero de quien quiera que lo consultara.

A comienzos de 1970, sin saber nada de su trayectoria me hallé a sus clases de Historia moderna, como estudiante de primer semestre y lo que primero me

impresionó fue lo fluido de su discurso, su continuidad. Un tono elevado que solo interrumpía para escribir un nombre en el tablero y que a cualquiera de sus auditores transmitía la sensación del dominio del tema, así como de la intención didáctica precisa. En ese caso, siendo historiador de formación y sociólogo de vocación la intención era hacerle patente al principiante las diferencias, pero también las complementariedades entre las dos disciplinas. E iban desfilando ante nuestros ojos las líneas de un proceso, que captábamos, por torpes e ignaros que hubiéramos llegado al ambiente de la Universidad, ya que con sutileza a la vez que acontecimientos escogidos se introducían interrogantes, no en la forma teatral de las preguntas retóricas por el estilo de “*¿Qué es pues la modernidad?*” sino que del propio material histórico que se había expuesto iba surgiendo la inquietud: ¿Cómo surge una sociedad nueva en el interior de la que la precedió?

Es posible comprender, es posible abarcar períodos y hechos que no son parte de nuestra experiencia inmediata a condición de sumergirse mediante la lectura y la imaginación en el período del cual se esté tratando. Junto con los libros de texto escritos por historiadores de oficio (pongamos por caso los escritos por los historiadores de la Escuela de los Anales a los que acudía sin vacilar teniendo ya medida la distancia cultural: para ese curso el libro de texto era “Los siglos XVI y XVII” de Roland Mousnier) revivir mediante la sensoriedad, ponerse en la situación de los individuos del siglo XVI se lograba mejor adentrándose en un manual de urbanidad de entonces como El cortesano de Castiglione que dibuja al detalle y con preciosismo los ideales del perfecto caballero y de la perfecta dama de una corte renacentista. Y que recomendaba con vehemencia como lectura complementaria. Siendo difícil para la mayoría de nosotros, el esfuerzo pagaba. En su caso, la erudición no era, no podía ser, una mala palabra: los nombres, fechas y datos históricos que se iban desgranando a lo largo de su discurso, no desfilaban allí por un artificio verbal, efectista, sino que lográbamos percibir que apuntaban a un sentido, intuíamos que había una especie de economía al escogerlos, que en fin resultaban esenciales para lo que se pretendía mostrar. El comprobarlo poco a poco, y los otros datos de su trayectoria, que espigábamos en charlas de cafetería, en las asambleas estudiantiles (que eran múltiples en ese período: de curso, de carrera, de Facultad, de toda la Universidad, era la ebullición que ya está bien narrada en novelas de época) ratificaban para nosotros el prestigio del que aparecía investido y del que nos íbamos percatando. Lo más parecido a aquello de lo que habíamos leído, o se nos había hablado al decir de alguien: es una autoridad en la materia. Así mismo fueron memorables para mí sus exposiciones sobre el siglo XVIII en el curso siguiente, en especial las que dedicó a la periodización de la

Revolución Francesa, a las sucesión de regímenes y formas de gobierno; parecía hallarse en vena, especialmente motivado, y en tanto que el texto que recomendaba como lectura el de Albert Soboul era demasiado convencional, el intento de reivindicar el jacobinismo y el carácter anticipatorio de muchas de las instituciones que se idearon en situación de necesidad extrema durante ese breve período, el que apoyara la narrativa de sus exposiciones en historiadores como Mathiez nos hacía ver de una manera plástica lo intenso de la lucha social, y desfilar ante nuestros ojos ese nuevo tipo de dirigentes salidos de la Revolución, hasta llegar a Napoleón, “*el albacea testamentario de la Revolución, y quien induciría su institucionalización, el remate de dicho proceso*”. Verbo poderoso, oraciones construidas de manera perfecta, que se iban encadenando, un léxico muy rico, que denotaba además de múltiples lecturas una cuidadosa reflexión sobre la naturaleza de los procesos revolucionarios. Aunado a los que íbamos conociendo de su trayectoria personal (rumores y consejas estudiantiles: que había sido detenido el 9 de Abril por ser de las directivas del Partido Comunista, que había escrito artículos desafiantes en una revista innovadora, que había reseñado libros prohibidos durante la dictadura) era como si ante nuestros ojos y oídos se estuviera produciendo la transformación del proto-Mesa militante en el deuterio-Mesa docente.

Contra el irracionalismo:

Otro de los contenidos fuertes y memorables del mensaje que entregaba. Si en la década de los 70 del siglo pasado en la cultura de la clase media hacían furor obras como *El retorno de los brujos* de Pawels y Bergier, o *Los misterios de las catedrales* de Fulcanelli, esoterismo de tópicos medievales, con un barniz de conocimiento histórico, sin aludir a cualquiera de ellos de manera directa, pero abordando el asunto, recibíamos la lección correspondiente que nos permitía ir despejando el misterio por nosotros mismos. Y ya luego, se trataba de la Historia de Colombia, o de los autores en cuantos cursos y seminarios tuvo a cargo: Marx, Weber, Hegel, Maquiavelo o Clausewitz esa fe en el poder de la razón, la confianza en nuestras capacidades intelectuales para dar cuenta del asunto que fuera, se nos transmitía y de un modo contagioso. Sin olvidar eso sí la muy conocida máxima de Pascal que tiene un aire de bolero latinoamericano: “*El corazón tiene razones que La Razón no conoce*”, que solía recordar a propósito de los fueros del sentimiento, de la emotividad, y claro, de la Poesía, con mayúsculas. La lucha contra el irracionalismo adquiría todo su vuelo a la hora de presentar los autores que mencionábamos antes y aquí sí que cabe recordar otra muletilla muy suya: “No es por azar”. Muletilla de estirpe francesa en la que uno cree oír ecos de un Montaigne: “*Ce n’est par hasard...*”

Rasgos elocuentes de cada personaje; lo tenía presente al leer una entrevista frívola en *Carrusel* en la cual el expresidente López mencionaba la adivina o bruja que solía consultar cuando tomaba una decisión de importancia, se la comenté, no la había leído, pero al poco tiempo, se vio confirmado en cuanto al personaje, y en cuanto a sus concesiones al irracionalismo “*por coquetería y frivolidad, con su toque de cinismo*” opinó. En cuanto a López Michelsen, admiraba la audacia de sus escritos iniciales: Introducción al estudio de la Constitución en Colombia (publicado inicialmente en Octubre de 1944, por la editorial El Liberal, y luego, en 1968 por la Editorial Tercer Mundo con el título El Estado Fuerte, de hecho nos puso a leerlo en el curso de Historia de Colombia) y “*La estirpe calvinista de nuestras instituciones*”, pero era muy crítico de su política económica y de las concesiones al capital financiero que conllevaba, así como de su alianza con los poderes regionales más tradicionales y sus vicios el caciquismo y el gamonalismo.

Casi al tiempo que Hegel, como fuente de máximas vitales y cuyos Pensamientos conocía muy bien (a juzgar por la oportunidad y la frecuencia que los citaba) estaba Pascal. Se echaba de ver que había reflexionado con hondura, y no era que los trajera a cuento por ostentación o despliegue de erudición. Un pensamiento que tengo muy presente, pues lo citó de memoria en una de las primeras exposiciones que le escuché en un Seminario sobre la Filosofía del Estado de Hegel, en Noviembre de 1977 para invitarnos a remontar las dificultades del pensamiento abstracto, dar el registro, el tono de lo que seguiría, dice:

“El hombre no es más que una caña, la más frágil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para destruirla; un vapor, una gota de agua es suficiente para matarlo. Pero aun cuando el universo entero le aplastase, el hombre sería todavía más noble que lo que le mata, puesto que él sabe que muere y la ventaja que el Universo tiene sobre él. El universo no sabe nada. Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. De ahí es de donde tenemos que elevarnos y no del espacio y del tiempo que no sabríamos llenar. Trabajemos pues en pensar bien: he ahí el principio de la moral” (n° 347 en la edición de Brunschvicg)

Y otro que gustaba de citar, y en el más jocosos de los tonos, cuando quería rehuir un desplazamiento inoportuno, una multitud, o confesar de modo palmario que “no estaba en situación” de aceptar un compromiso impertinente:

“Toda la desgracia de los hombres procede de una cosa, que es no saber permanecer en reposo en una habitación...” (n° 139, Brunschvicg)

Y había muchos más que traía a cuento del modo más pertinente y que denotaban una gran familiaridad de su parte con el pensador francés. A la hora de entender el jesuitismo, junto con los documentos básicos: las obras de Loyola, de Francisco Javier, no dejaba de recomendar las Cartas Provinciales de Pascal.

Integridad, consonancia.

Otro rasgo para entender lo perdurable de su influencia: insobornable en cuanto a lo que pensaba hasta el punto de pasar por dogmático. Íntegro en cuanto que no se apeaba de sus convicciones por obtener una u otra gabela de quienes detentaran el poder, ventajas o dádivas. Del todo inmune al virus de la cooptación, aun cuando hubiera sido cercano a figuras políticas importantes, y las considera sus amigos y contertulios, al punto que nadie, por poco que simpatizara con él pudiera sospechar un ápice de arribismo, de carrierismo en el cultivo de esas relaciones. De allí que escogiera la sobriedad (que lindaba con el ascetismo al punto que considerara sibaríticas unas vacaciones en Melgar, en el balneario de una conocida y popular Caja de compensación). Sobrio en su atuendo, en su modo de vivir, y consistente en cuanto a que los únicos lujos que se permitía, se podían encontrar en los anaqueles de su biblioteca.

Rehuir el patetismo.

Un solo término, denso en significado, que en sí mismo conlleva una crítica mordaz a toda una gama de actitudes comunes en nuestro medio, y con ciertas proyecciones hacia la política. Esa cierta tendencia a dramatizar, a exagerar, a concluir de modo expedito e irreflexivo, a vociferar en suma. Se oponía con fuerza a las banalidades enfáticas; en cuanto al estilo para escribir, un precepto por el que se guiaba, infalible, certero, era el del peso que debía tener el sustantivo en la oración. Al punto que “Resulta adjetivo” era una expresión suya muy frecuente para significar que algo no era esencial, que no venía siendo indispensable para la cuestión que se trababa de discernir o dirimir pues gustaba de las metáforas gramaticales. También en cuanto a gestualidad, en cuanto a actitud frente a sus auditorios, en su figura, en sus andares, en cada gesto se revelaba esa intención de huir del protagonismo y concentrarse en lo básico del oficio: la razón, el discernimiento, el **logos**, es decir el verbo pensado.

¿Elitista?

Sí, desde luego. Pero en el sentido tecnocrático, saintsimoniano de la palabra. Élite y no capilla intelectual era lo que pretendía formar. Exponía para hacerse comprensible por todos, pero se esmeraba en un proceso de selección de quienes consideraba los mejores estudiantes y mediante charlas, indicaciones de lecturas, claves de interpretación de un autor, de un problema, les reforzaba el mensaje, no hacía misterio de esa selección especial, asunto de vocación, y ya sabían los que hubieran leído atentamente a Weber el alcance del término, su trasfondo teológico e histórico. Divulgar sin vulgarizar podría ser su divisa pedagógica. Con el grupo que ingresó el primer semestre de 1970, y que resultamos afectados por un cierre de tres semestres y la amenaza de clausurar la carrera, se esmeró en particular, y contra el desánimo que cundía, enfatizaba las posibilidades hacia adelante, y en cuanto podía nos hacía sentir portadores de una tarea muy especial, y haber sido seleccionados entre muchos para ella. “*No lo digo yo, lo dice la División de Registro y Admisiones*”, remataba, y vinimos a saber entonces que en esos semestres el porcentaje de admisión a Sociología era el mismo de Ingeniería: 11%, y que para el semestre que ingresamos el puntaje de admisión de alguno de nosotros estuvo entre los diez primeros de toda la Universidad. Para más, a los buenos entendedores que estaban en el juego no titubeaba en citar a Stalin: “*Definida la estrategia: son los cuadros quienes deciden todo*”. Con criterio para elegir, y perseverante, lo que no quiere decir, ni mucho menos, que fuera infalible: varios de los elegidos resignaron su vocación intelectual, o no la han refrendado. Algunos de ellos terminaron en los vericuetos de la política-política, con minúsculas, de lo que el propio Mesa llamaba la picaresca política criolla, y no de la Política, la construcción del Estado, como hubiera querido su maestro.¹ Subrayo que no buscaba la obsecuencia, ni las actitudes reverenciales hacia él, de parte de sus discípulos. Por ejemplo, exponiendo al joven Marx, y su relación con Hegel, el tercero de los Manuscritos de 1844, sostuvo que el mejor homenaje que podía hacer el discípulo de un gran maestro, era una crítica fundamentada. Ese primer curso de Marx, fue memorable, entre otras pues ese texto juvenil de Marx le permitió una exposición tan circunstanciada, e inspirada, con tal despliegue de su conocimiento del autor y de su trasfondo histórico-filosófico para hacernos comprensible, con el rigor y

¹ Al Seminario de Postgrado que dirigió el Primer Semestre de 1990 sobre la Filosofía del Derecho de Hegel, le señaló como propósito ser “Un manual para la construcción del Estado”, nada menos. Sus exposiciones y las de los otros ponentes fueron publicadas en el libro Estado-Derecho-Sociedad. Facultad de Derecho, Universidad Nacional, Bogotá 1993. El libro tuvo problemas editoriales: la persona encargada de corregir las erratas cometió tres veces más errores.

profundidad que solía, el concepto de **alienación** y el proceso que lo subyace en las sociedades modernas, que talló a la altura de su idea que era posible exponer y discutir, sobre un autor como Marx, con el nivel que se tendría en las mejores universidades del mundo.²

¿La ciencia como profesión y como vocación?

Ya no hay duda al respecto, según todos los referentes testimoniales, tanto Jaramillo Uribe como Darío Mesa, introdujeron la obra de Weber en la docencia universitaria. Ellos, y los profesores y alumnos de la Escuela Normal Superior, tuvieron el privilegio de escuchar las conferencias de José Medina Echavarría, español, republicano emigrado y exilado en México, quien conoció temprano, difundió y en fin tradujo la obra de Weber. Por encargo emprendió esa labor para el Fondo de Cultura Económica. Ya se sabe que el español fue el primer idioma extranjero en que se dio a conocer a Weber, y en muy buenas traducciones gracias primero a las traducciones de Sanchez Sarto (la Historia Económica General en 1942) y luego a Medina Echavarría (Economía y Sociedad en 1944)³. Estudiantes díscolos en principio, por pura ignorancia del autor, y nutridos por un adoctrinamiento marxista de militantes, la mayoría, íbamos imbuidos del prejuicio de que se trataba de un autor que postulaba la “neutralidad valorativa” es decir la impavidez del sociólogo respecto de la realidad que los circunda. La traducción de Wright Mills al inglés, y las versiones de esa traducción que circulaban en español había hecho mella. Ya con las primeras exposiciones acerca del neokantismo, y los rasgos de la Alemania guillermina, la ubicación del autor en su contexto histórico, la analítica presentación de sus conceptos sociológicos fundamentales así como de los elementos que ofrecía para guiar la lectura de La ética protestante ..., los ensayos metodológicos y las polémicas que Weber suscitó nos posibilitaron una reconciliación completa con ese autor, que tal vez se pudo ver en los ejercicios que presentamos a fin del primer curso, en el manejo de sus categorías, y luego en el desarrollo de nuestro trabajo como profesionales, creo.

² “! Pues peor para Oxford !”, fue su altiva respuesta cuando un crítico del programa que orientó y ayudó a diseñar en 1969 afirmó que un programa con el nivel de exigencia que pretendía “No existe ni en Oxford...”

³ Ensayé un examen del significado de esa recepción de Weber en un artículo titulado: *Jaramillo Uribe, el sociólogo, el historiador* en : Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura Vol 44 N° 1, Enero-Junio de 2017. Véase el link: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/issue/view/4612/showToc>

Su lectura de Marx.

Durante ese período hacían ebullición los marxismos. Modas intelectuales como la lectura de Althusser, predominaban, y como él multitud de exégetas, epígonos, para los cuales leer a Marx era lo de menos lo de más era formular a toda costa una nueva interpretación, especular a partir de nociones suyas, fuera de contexto. (En *L'avenir c'est long* ese último libro de Althusser, se sincera acerca de sus propias imposturas) Supo mantenerse al margen, y mantenernos al margen de esas novelorías y concentrados en los propios textos de Marx, de los que comenzaba con una cuidadosa exégesis. El primero de los cursos que tomé, como acabo de decir, se dedicó a los escritos del joven Marx. Llevaba su ejemplar del tomo correspondiente de la MEGA (la edición crítica de las obras completas en alemán - Marx-Engels Gesamte Ausgabe) y su exposición diseccionaba los antecedentes de los conceptos fundamentales recurriendo al contexto histórico, y luego construía una interpretación que terminaba con ejercicios de aplicación a lo más inmediato. Nos inducía a la lectura de Auguste Cornu (La voluminosa *Marx et Engels-Biographie intellectuelle*, *Presses universitaires de France*, 1959) que por fortuna estaba en nuestra Biblioteca Central. (¿Estará todavía?) Una de las mejores sesiones que recuerdo, dedicada al problema de la alienación del trabajador de la era industrial, e ilustrada con ejemplos de horarios de trabajo flexible en los países escandinavos aludía a las “*sutilezas talmúdicas*” de la crítica marxista a Hegel, se vio interrumpida por el grito airado “*! Basta de necedades!*”, de una compañera, militante maoísta radical (*eme eles*, las llamábamos, por su sigla) que no resistió tanta heterodoxia y salió, después de su grito dando un portazo. Imperturbable, Mesa retomó su exposición y la sesión terminó con un vivaz intercambio de preguntas y respuestas. Era ya agosto de 1974, nos sentíamos participativos, habíamos superado la cortedad y timidez de los primeros semestres, las lecturas eran estimulantes, y la dura experiencia de los cierres, marchas y movilizaciones del período (la pésima Rectoría del antropólogo Luis Duque Gómez) había hecho de nosotros unos primíparos curtidos, y del nuestro un grupo diezmado pero compacto, cohesionado. Además nos puso a leer a un disidente de los primeros tiempos: Dimitri Riazanov, autor de una muy completa “Biografía del Manifiesto Comunista” y eso de que tratara un texto como a un ser vivo era todo un misterio a despejar. Además asignaba lecturas complementarias, y exposiciones en su oficina (no en tiempo de clase) según las inclinaciones especializadas que descubría en cada cual. (A mí me correspondió la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*)

El segundo curso de Marx, más participativo aún, y con ese sistema de evaluación en exámenes por pequeños grupos en su oficina, que llevaba a una preparación muy cuidadosa (“exámenes de mandarines” los llamábamos recordando un pasaje de Roland Mousnier) de las lecturas señaladas, con la tensión y el nerviosismo consiguiente. En cuando al contenido de sus exposiciones consistieron en un análisis pormenorizado de la génesis de El Capital (una disquisición sobre el método en la economía política, retomando el Primer manuscrito de 1844, pero abarcando la Introducción a la crítica de la Economía Política, y los Grundrisse o Borradores) y en fin y haciendo un minucioso análisis de los primeros 18 capítulos del Tomo I. Recuerdo al detalle la primera sesión dedicada al Capital, y el inicio de su primer capítulo: “*La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista se nos aparece como un <<inmenso arsenal de mercancías>>*” Y tras leer el pasaje, Mesa anotaba, en el mismo tono: “*¿ No está aquí ya el problema gnoseológico de la relación entre apariencia y esencia ?...*” etc. A partir de allí, desenvolvía su exposición, diseccionando el texto, buscando el sentido, sacando a la luz los supuestos. Las dos horas asignadas a cada sesión se empleaban íntegras, en un análisis con rigor, y todos los referentes indispensables para establecer el significado de los pasajes escogidos. Tenía un buen concepto de la traducción de Wenceslao Roces, pero cotejaba con esmero los pasajes en que basaba cada clase y pescó más de una imprecisión.

Acerca de STALIN, nadie menos.

Al respecto fue siempre de una pieza, el calificativo de estalinista que circulaba *sotto voce*, no parecía hacerle mella. Citaba de coro la definición que hacía Stalin de **nación**: “*Comunidad estable, históricamente formada, de lengua común, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura*” y recomendaba a quien quisiera oírlo, o a quien lo consultara al respecto, el texto de Stalin El marxismo y la cuestión nacional (que ya había citado de modo encomiástico en su primer artículo para la Revista Mito⁴) y en cuanto a una valoración histórica del personaje, sin negar sus crímenes ni sus errores, pedía más perspectiva histórica; no vacilaba en parangonarlo con Julio César: se requerirían un par de siglos más

⁴ “*Un comunista de 1915 puede estar seguro de ver que ninguna de las tesis de Stalin sobre el problema nacional ha envejecido, sino que por el contrario son fundamentales en la solución del problema colonial y semicolonial moderno*” Mito n° 4, 1957, p.288. Una biografía académica de Stalin: Stalin de Stephen Kotkin, Penguin Press, New York 2014 coincide con esa apreciación. Kotkin, profesor de Princeton hace la exploración más a fondo del personaje en cuanto a la encrucijada nacional de su formación y concluye que fue su manera de entender ese mosaico de nacionalidades de la Rusia zarista, lo que le permitió imponerse sobre sus rivales, conquistar el poder y sostenerse en él.

(¡Nada menos!) para llegar a una apreciación justa. También a propósito traía a cuento el verso de Shakespeare: “*No hay tinieblas sino ignorancia*”. Y sonreía, sonreía.

Generosidad.

Su disposición didáctica quedó plasmada en los Seminarios que propuso y orientó durante los períodos de cierre de la Universidad que se hicieron frecuentes en la década de los 80 y que en la mayoría de los casos conllevaban una dispersión hacia los proyectos individuales. Examinado de manera retrospectiva no cabe duda que con sus propuestas se propuso contribuir a la formación de sus colegas más jóvenes: en cada caso se aproximaban al modelo de Seminario más exigente, con distribución de tareas, exposiciones individuales de cada uno de los asistentes y ronda general de discusión de lo expuesto y lo leído. Los autores escogidos, la temática, el tratamiento, denotaban una intención formativa, a saber: *Maquiavelo y el problema del poder en Colombia* (a todo lo largo del IIº semestre de 1980: diez y seis exposiciones), *Seminario para el estudio de Clausewitz* (Ier semestre de 1981, el programa, y la 17ava de las sesiones, la última, las recogimos en la Revista Colombiana de Sociología Nueva Serie, Vol. V, N° 1, año 2000) y a partir de 1985 y a lo largo de cinco semestres el estudio capítulo por capítulo de *La ciencia de la Lógica* de Hegel y de su *Fenomenología del Espíritu*, sucesivamente. Vista desde hoy, en la secuencia se advierte una cuidadosa gradación y el sujeto colectivo al cual más temprano que tarde terminaban refiriéndose cada una de las sesiones era la sociedad colombiana. Poco dado a las formulaciones paradójales, sin embargo cuando alguien le preguntaba por qué los sociólogos habrían de dedicar tanto tiempo y esfuerzos a un autor como Hegel, y a textos como los escogidos no vacilaba en responder “*Para vivir mejor*”. Nadie que lo conociera podía pensar que se trataba de la exaltación del hedonismo, ni mucho menos; por el contrario en todo y por todo se puede encontrar en lo suyo, en sus propuestas intelectuales, en sus hábitos, en su talante un principio de ascesis.

En mi caso no pude seguir hasta el final del Seminario sobre la gran Lógica. Capitulé en el segundo semestre, justo al llegar al Libro Tercero: “*Ciencia de la Lógica subjetiva o sea la Doctrina del Concepto*”. Pude pretextar otros afanes pero la deserción tuvo para mí el sabor de una derrota. A modo de coartada me topé más adelante con la incisiva crítica de Hannah Arendt : “*La dialéctica hegeliana proporciona un maravilloso instrumento para tener siempre la razón, pues además permite interpretar las derrotas como el comienzo de la victoria*”⁵ Con mayor o menor consecuencia, con mayor o

⁵ Les origines du totalitarisme- Tome III. Le Système totalitaire. Chapitre 22 Note 22 Éditions du Seuil, 1972 p.256.

menor asiduidad, los Seminarios fueron provechosos para todos, un genuino semillero de ideas; Mesa no dejaba de recordar la etimología de la palabra **seminario**, y de darle sentido pleno con sus exposiciones, sus sugerencias y las indicaciones específicas con que solía responder los interrogantes. Preparaba cada una de las sesiones, llevaba sus notas escritas, y nadie que estuviera a cargo de una exposición podía pensar en salir del paso con una improvisación. La espontaneidad tenía lugar en las rondas de discusión.

En cuanto a la investigación histórica ir siempre a las fuentes, a las fuentes primarias, en cuanto a los cursos de teoría, ir al autor en cuestión, a sus textos originales antes que a exégetas o epígonos (óptimo si podía ser en su lengua vernácula: en los cursos de Marx y Weber, en los seminarios de Hegel y Clausewitz, llevaba sus textos en alemán y parte del tiempo se empelaba en vigilar la traducción, aclarar las dudas semánticas. -Hubo más de una ocasión que una sesión entera se empleó en aclarar del todo el sentido de un párrafo-) Demostraba con el ejemplo que no había que descartar lo accesorio, no obstante: tomarlo como un ejercicio, o al menos un divertimento.

Era mayor su generosidad con sus colegas más jóvenes, aquellos que habían sido sus alumnos directos: consistía en una preocupación por sus proyectos individuales, en sugerencias discretas y atinadas y podría decir que en el trayecto que compartimos no presencié ningún proyecto importante en el que no pudiera encontrar su huella. Al encontrárselo en el pasillo, o en el rellano de la escalera, se veía sometido uno a un detallado interrogatorio sobre en qué andaba trabajando, y cualquiera que fuera el asunto, podía estar seguro que pasado el susto que significan preguntas tan punzantes, obtenía al menos una referencia útil, y por lo general sugerencias, indicaciones, formulaciones distintas y del todo pertinentes.

Por lo general en hojas de cuaderno, de su puño y letra, con su caligrafía inconfundible, o cuando se trataba de referencias bibliográficas, con su antigua máquina de escribir, el estímulo que significaba para el principiante que sus balbuceos y ejercicios fueran leídos con cuidado, y que merecieran un comentario escrito de su parte. Podía ser una breve traducción, como una de mis primeras publicaciones (el artículo *Economía Política* escrito por Rousseau para la Enciclopedia en: Ediciones Tercer Mundo, Julio de 1982) más tardé en entregarle el pequeño texto impreso, que en recibir la notica siguiente, con la referencia erudita precisa, y con los inconfundibles tipos de su máquina de escribir, casi tan característicos como su caligrafía:

(Por problemas de espacio ver imagen en mi página Wordpress : <http://fcubides.wordpress.com>)

Pero en ocasiones especiales, por escrito, y en una, significativa en especial, terminaba con su rúbrica, y la fecha. La que sigue fue una de esas ocasiones; con dos colegas, Leonidas Mora y Jaime Eduardo Jaramillo, en equipo, llevé a cabo una experiencia pionera en una zona del Caquetá apenas explorada (De allí saldría poco más adelante el libro titulado Colonización, coca y guerrilla, Universidad Nacional, 1986). Las circunstancias del trabajo, las vicisitudes de su publicación como libro las he narrado en detalle en mis “Crónicas del Caguán” (<http://fcubides.tripod.com>). En suma era el cuarto de hora feliz de la política de paz de Belisario Betancur; y no sobra recordar que aunque dicha política fracasó, su comienzo había sido tan auspicioso, que su rival y perdedor en las elecciones de las que salió elegido Betancur, López Michelsen, por lo común tan celoso de su originalidad, se había permitido el más convencional de los juicios al afirmar que con ella “*Belisario partió en dos la historia del país*”.

Recién terminado nuestro primer trabajo de campo y muy estimulados por la novedad, y dado lo controversial del asunto, se manifestaron algunas aprensiones y suspicacias de varios colegas; para entonces muy poca gente había hablar del Caguán, y su curso, sus riberas, y el poblamiento que se había desarrollado, así como el ostensible control de la guerrilla no aparecía en los mapas oficiales, como tampoco en el mapa mental de la mayoría de los colombianos. Esa fue la novedad que nos atrajo, y quisimos ayudar a entenderla y narrarla. En modo alguno habíamos pensado en publicar nuestro informe en forma de libro; solo cumplir con quienes nos habían contratado para el trabajo el Departamento Nacional de Planeación. Pero ya en las primeras exposiciones nos percatamos de lo intenso de la controversia que podía suscitar. Muchas preguntas, muchas inquietudes, múltiples cuestionamientos iban surgiendo. ¿Qué tan posible era dar un trato objetivo al problema dada su inmediatez? No era conveniente mayor circunspección, dejar que esas migraciones se asentaran y aplicar luego métodos y técnicas convencionales? Hubo algún colega que se preocupó por nuestra seguridad y le exigía a la Directora del Departamento que ofreciera garantías al respecto. El apoyo de Mesa fue irrestricto, incondicionado, y decisivo en esas circunstancias. Al regresar de nuestro primer trabajo de campo, en principio hicimos una exposición para los colegas, ilustrada con diapositivas y rudimentarios

mapas que señalaban nuestro recorrido. Darío Mesa se interesó más aún, y a instancias suyas le di a leer las transcripciones de varias de las entrevistas que juzgué muy representativas del problema y del momento en el que estábamos. Las leyó todas, con mucha atención y me las devolvió con una notica que lo retrata de cuerpo entero, y para subrayar más el compromiso del juicio que nos daba, terminaba con su rúbrica y la fecha, como sigue:

(Por problemas de espacio, ver imagen en mi página Wordpress : <http://fcubides.wordpress.com>)

Característica de la importancia que le asignaba a la experiencia es también la pregunta final, en él por lo general tan discreto en sus relaciones con el poder.

Pero no todo habría de ser trascendencia, solemnidad, rigor y profundidad; llegó a permitirse juegos didácticos: por sugerencia suya, siendo Director de Departamento me presté para una singular celebración del bicentenario del ilustrado autor de la Enciclopedia: Denis Diderot, y en una especie de *revival*, de lo que sería un salón del Antiguo Régimen, hiciéramos la representación de ***El sobrino de Rameau***, texto de Diderot en forma de diálogo que se presta para la representación teatral. Con la amistosa complicidad de la colega Rocío Londoño, quien además de ofrecerse como anfitriona de la velada nos consiguió a Miguel Angel Hernández, el otro cómplice, vestuario de época prestado por el TPB (Teatro Popular de Bogotá, fundado y dirigido por su entonces marido Jorge Alí Triana) – un par de enormes casacas virreinales en las que quedamos sepultados- y nos animamos a hacerlo. Sin que nos lo hubiera dicho, golpe de efecto, todavía afectados por el pánico escénico y un temor al ridículo, para darnos el empuje necesario la generosidad de la anfitriona la hizo disfrazarse ella misma con un traje dieciochesco, y servirnos una copa (Siempre lamenté que nadie hubiera tenido a la mano una cámara fotográfica) Actores principiantes, apenas lográbamos disimular nuestro nerviosismo e íbamos en la mitad de la función, cuando arribaron de manera inesperada el propio Jorge Alí, acompañado de Carlos José Reyes, historiador del teatro en Colombia. Terminamos como pudimos pero para fortuna nuestra, Jorge Alí conocía muy bien la obra de Diderot, en su formación teatral y cinematográfica en Praga había trajinado bastante ***La parábola del comediante*** otro escrito diderotiano, y su intervención, las de Carlos José Reyes y varios de los invitados le dieron al altura necesaria a la discusión, toda la función con el fondo

musical de la obra completa de Jean Philippe Rameau, conseguida para la ocasión por Clemencia Tejeiro. Viandas y bebidas, a la altura de las circunstancias. En seguida pueden ver el programa de la jornada, tal y como se distribuyó a los asistentes:

(Por problemas de espacio ver imagen en mi página Wordpress : <http://fcubides.wordpress.com>)

La discusión fue muy vivaz, y de gran nivel, la representación terminó siendo decorosa.

Un gran autor, un gran momento: Clausewitz

Todos sabíamos de quien se trataba el prusiano, lo habíamos visto citado montones- tal vez sea el autor más citado menos conocido- y fue gran sorpresa su propuesta de hacer en forma de Seminario una lectura íntegra y una secuencia de exposiciones y ejercicios de aplicación de su obra De la Guerra. Con mucha motivación acogimos la propuesta, y nos dimos a la tarea de conseguir una versión íntegra del texto. Alonso Correa consiguió en fin una edición, la edición cubana (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2ª edición 1975, Traducción de R.W. Setaro) que fotocopiamos enseguida. Gabriel Restrepo, consiguió la edición Penguin Books,- 1968- versión resumida hecha por el sociólogo y politólogo Anatol Rapoport, que por razones un tanto inescrutables decidió suprimir el Libro VI que trata justamente de la Resistencia al invasor y la guerra popular- Por mi parte además de un edición que era traducción de la versión francesa de Pierre Naville, me dediqué a bucear en librerías de viejo y encontré toda una curiosidad para bibliófilos: la primera edición colombiana íntegra: la que hizo el general, José Miguel Silva Plazas, que además era de su propiedad, pues tenía su firma y su sello personal. ⁶ (Ver página siguiente)

(Por problemas de espacio ver imagen en mi página Wordpress : <http://fcubides.wordpress.com>)

Lo intenso de la discusión demostró que era del todo oportuno ese estudio. Pero el panorama se veía intrincado por los imperativos que en su sesión de conclusiones Mesa definía para el futuro inmediato, en el caso colombiano. Tan alto ponía el listón en cuanto al tipo de ejército que necesitaba un país como el nuestro, cuál habría de ser la formación de sus oficiales, etc. Recuerdo que después de la sesión final salimos con Gabriel Restrepo y Alfonso Piza, y tras varios chistes para lograr la distensión Gabriel comentó: *“Es como si quisiéramos que los generales fueran weberianos”, “Peor aún, acoté, lo que se quisiera es hacer de los weberianos...*

⁶ El programa de Mesa, la transcripción –muy corregida- de la última de las sesiones, la 17ava., y un capítulo de la traducción de J.M. Silva Plazas, los publicamos en la Revista Colombiana de Sociología , Vol V N° 1, año 2000

generales...” Pero esas bromas, saludables, no nos borraron la impresión de que había sido un gran Seminario, con múltiples dividendos intelectuales para todos quienes tomamos parte.

En mi balance personal el seminario, sus discusiones, fueron una experiencia decisiva, cambiaron el eje de mis intereses académicos, y me permitieron descubrir, además de Clausewitz, a un autor clave para mis investigaciones y escritos posteriores: Carl Schmitt. No me cabe duda juzgándolo ahora que fueron esas lecturas y esas discusiones las que me llevaron a hacer parte un par de años después de la propuesta de investigación sobre la colonización del medio y bajo Caguán, y el consiguiente intento de descifrar la naturaleza de la guerrilla colombiana, el tipo de control que adquiere sobre los territorios donde se ha asentado, y, en un sentido más general, la lógica de la guerra irregular, así como la estrategia de los actores armados que la practican.⁷ Y tal vez fuera ese interés más especializado, y la publicación del libro Colonización, coca y guerrilla (Bogotá, Universidad Nacional 1986) por lo que fui invitado por Daniel Pécaut a su Seminario sobre sociedades latinoamericanas en *l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, en París, para el período 1988-1989. Y allí en su sede del Boulevard Raspail, me encontré con la biblioteca de Raymond Aron, que la había donado íntegra a la escuela, y era muy completa en autores clausewitzianos y “neoclausewitzianos”, así como en la documentación que había reunido Aron para sus dos grandes volúmenes Penser la guerre, Clausewitz, (Editions Gallimard, 1976) Adquirí la obra (junto con un encargo que me había hecho: un libro en ruso que sólo se conseguía en una librería de rusos emigrados) y en cuanto volví, exultante, se la mostré al maestro Mesa la vuelta de un par de semanas me devolvió los ejemplares de Aron con un comentario: le había recordado lo que decía Engels de los teólogos franceses: muy inferiores en densidad de pensamiento a los alemanes.

Pero debo decir que siguiendo la discusión sobre Clausewitz y su relativa vigencia para los problemas de hoy, leí a Aron con interés y provecho. Formado en Heidelberg, donde conoció a Weber y su obra, en el caso de Aron su interés por Clausewitz es temprano, y muy genuino, y además del completo panorama de la

⁷ De las reseñas aparecidas sobre mi libro Burocracias armadas, (Norma, Bogotá 2005) la más crítica asevera que: “*la única bondad del trabajo, es presentar a los lectores colombianos, la necesidad de pensarse (sic) los actores armados como asociaciones de dominación (organizaciones) Dicha conceptualización permite mirar el fenómeno de manera más objetiva, para poder comprender la guerra, en un país [en el] que constantemente convocamos la paz sin haber entendido el conflicto mismo*” en : Reflexión Política

Revista del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, Año 7 N° 14 p.168.

recepción del prusiano que nos ofrece en esos dos volúmenes, fue lo bastante perspicaz para conocer el tipo de recepción que se daba en las universidades norteamericanas, las limitaciones de esa tendencia “neoclausewitziana”, etnocentrista que se desarrolló desde de década del 70 del siglo pasado en varias de ellas, y, en fin, la influencia del prusiano en diversas latitudes; y por cierto la labor “arqueológica” que lleva a cabo Aron de la correspondencia de Clausewitz con su esposa y con amigos, superiores, compañeros de armas y condiscípulos aporta datos muy valiosos sobre la composición de la obra, inconclusa, como se sabe. Además, su libro Histoire et dialectique de la violence, (Gallimard, 1973) viene siendo un complemento perfecto de los volúmenes sobre Clausewitz; y, por cierto para nosotros, su lección inaugural en el College de France, *Clausewitz et la guerre populaire* (1972) resulta del todo pertinente. He seguido hasta el día de hoy, el debate académico sobre Clausewitz, su influencia y sus derivaciones, muy innovador por cierto.⁸

Y al repasar mi propia trayectoria, debo reconocer que además de esa experiencia en el piedemonte amazónico, el valle del río Caguán, en mis trabajos posteriores: en la Macarena, en Casanare, en Arauca y en el sur de Bolívar, en mis escritos sobre el paramilitarismo, y en ese esfuerzo sintetizador de mi libro Burocracias armadas, me he seguido nutriendo de las exposiciones y de las discusiones de aquel seminario, verdaderamente seminal, de 1981.

Ciencia, técnica, tecnología

Su modo de entender la revolución científico-técnica, derivaba del marxismo clásico, de la concepción de la ciencia como una fuerza productiva, la productividad del trabajo y el papel de la ciencia en la transformación radical de los procesos productivos. En un principio (Como en la reseña sobre el centenario de Darwin, para la Revista Mito: “*Cien años ya*” (Nº 20, Julio-Agosto de 1958, p. 116, y en su artículo “*Problemas de la genética contemporánea*”, en ese mismo número pp.117-118) su razonamiento era muy semejante al del marxismo soviético⁹, sin embargo de modo paulatino va cobrando autonomía; en tanto procuraba mantenerse al día accediendo a publicaciones de divulgación científica occidental, y reconocía que el sistema universitario de los Estados Unidos estaba en la vanguardia del desarrollo científico y lo seguía cada vez con más interés, además

⁸ Ensayos provocadores como el de Tony Corn: “*Clausewitz in Wonderland*” en : Policy Review, September 2006

⁹ Se puede confrontar con una publicación como La Revolución Tecnocientífica: Aspectos y perspectivas sociales, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, Editorial Progreso, s.f.

de mantenerse al tanto de novedades en revistas generales como su amada *Der Spiegel*. Con los años, el suyo al respecto era un discurso informado, consistente, tener como cónyuge a la profesora Alicia de Mesa, física de formación, sin duda le aportó un criterio refinado y de ahí que tanto en la Facultad de Ciencias, como en la de Ingeniería fuera invitado a exponer y encontrara interlocutores. No escatimaba oportunidad de invitarnos a una búsqueda similar, y a asimilar nociones básicas de historia de la ciencia, de física, de tecnología industrial para no rezagarnos ni ser dependientes. La modificación de su pensamiento al respecto puede verse en un rasgo cultural: en su conocido, y celebrado, artículo ““*Mito*”, *Revista de las clases moribundas*” (Nº 4, año 1957) ve en la adopción de la enseñanza del inglés un peligro para la soberanía cultural del país¹⁰; en las formulaciones de su conferencia sobre “*La Universidad ante la Revolución científico-técnica*” (1976) lo considera en cambio un aprendizaje elemental e indispensable para un científico en cualquiera de los campos, de ahí en adelante lo subrayó en cuanta oportunidad expuso sobre esa cuestión, así como hizo patente su admiración por la diversidad cultural norteamericana y la calidad de la investigación y de las formación en su sistema universitario. Fue la publicación en 1987 en español del libro de C.P. Snow, *Las dos culturas y un segundo enfoque* (Alianza Editorial) su caracterización del *Luddismo*, lo que le permitió redondear su mensaje, en una conferencia especial, que el tituló *¿En dónde estamos?* Que equivalió a un balance general sobre el estado del conocimiento científico en nuestro medio, aplicado en particular a la Sociología, no llegaban todavía los ecos de la crítica a Snow por la simplificada contraposición entre la cultura literaria y la cultura científica, y los nuevos estereotipos a que dio lugar.

¿No más cien lectores?

Con frecuencia era pesimista sobre las publicaciones universitarias. “*Para esa clase de escritos hay en Colombia a lo sumo cien lectores*”, se le oía decir. Pero cuando se persuadía que se trataba de un proyecto editorial bien concebido, se comprometía y en qué forma. Aquellos de sus textos escritos para ser publicados han envejecido muy bien, siguen teniendo lectores atentos, y los jóvenes conectan fácilmente con sus escritos históricos, en especial. Lo experimenté con su escrito para el *Manual de Historia de Colombia*, (Colcultura, Bogotá, 1980) “*La vida política después de Panamá*”, un texto muy elaborado. Tanto en un curso de pregrado, como en el

¹⁰ “*Allí tenemos por ejemplo, la reciente reforma del bachillerato, donde el inglés adquiere un predominio que estableciendo el bilingüismo amenaza destruir las formas de nuestra cultura*” en *Mito*, Nº 4, 1957, pp. 281-282.

Seminario de Doctorado sobre Pensamiento Colombiano, fue leído e interpretado por lectores de diversas disciplinas, y de distinto bagaje cultural, como si hubiera sido escrito para el efecto. Y juzgo que ése es el caso de la mayor parte de lo que publicó y escribió expresamente para ello. La sustancia, la fuerza polémica, permanecen como se puede comprobar con la reseña anticipatoria de La Hojarasca García Márquez, cuando el escritor apenas se iniciaba. No creo sin embargo que las publicaciones que se han hecho de transcripciones de sus conferencias o exposiciones en Seminarios tengan la misma acogida. Leyéndolo se hace patente la diferencia entre el lenguaje escrito y el hablado; siendo tan buen expositor oral al ser llevadas a textos escritos sus exposiciones la prosa se hace difícil, reiterativa, llena de circunloquios, aliteraciones, profusión de adverbios de modo y, claro, muletillas¹¹ En cuanto a estilo el propio Mesa criticaba ese método para autores como Zuleta, buena parte de cuya obra proviene de transcripciones. Las páginas escritas directamente por Darío Mesa tal vez no sean muchas, pero siguen siendo esenciales. Me parece en cambio que no le hacen favor las personas que habiendo sido alumnas suyas, conociendo el esmero que puso en ellos, el perfeccionismo con el que los corregía y la calidad de sus textos expresamente escritos para ser publicados, se empeñan en publicar dichas transcripciones literales de exposiciones orales. El estilo se resiente.

¹¹ Yo mismo me declaro culpable de haber transcrito dos exposiciones suyas: la ya referida sesión 17ava. del Seminario sobre Clausewitz y la entrevista testimonial sobre Camilo Torres. (En : Camilo Torres: testimonios sobre su figura y su época, La Carreta, Bogotá 2011) Como atenuante debo decir que en ambos casos hice algunas sugerencias, él corrigió en detalle varias veces e hizo modificaciones, y la corrección de pruebas fue impecable; en el segundo de los casos, se trataba además de una entrevista con una expresa intención testimonial: para el “Archivo de la palabra” de la Biblioteca Nacional, 1991.